

tensísimas relaciones para nombramientos semejantes, sí dió apoyo en su tertulia á toda buena obra que en veinticinco años se iniciara en esta ciudad.

Sus hijos continúan llevando bien en alto el espíritu de la más culta y elegante sociabilidad.



¡SE LOS ROBÓ

Á LA MUERTE!

I

Años ha, uno de nuestros periodistas, viajero y diplomático posteriormente, al dejar el Pabellón de los Argentinos en Chile, confortable *cottage* revestido de enredaderas en medio del bosque secular, despediase de la noble castellana de ese fundo patriarcal «El Aguila,» con estas palabras:

—Señora: como argentino no debo ocultar á usted que me dirijo al campo enemigo de los chilenos. Deberes de antigua amistad me lo imponen, y ya que llevo tantos motivos de agradecimiento de la hospitalidad chilena, y sobre todo de este fundo tan querido de mis paisanos, quiero deber á usted algo más. Sé que viene á usted de antiguo abolengo ser una de las más entusiastas patriotas; pero antes de ser chilena es cristiana, y buena cristiana, como lo acreditan sus devociones en aquella capillita al confín del corredor; y sobre todo de generoso corazón, como abonan sus nobles sentimientos de buena madre cristiana. A más de su larga parentela, cuenta usted numerosos amigos en el ejército. Ruego á usted recomiende á todos los suyos que si llega á caer herido ó prisionero mi amigo R. S., lo atiendan en cuanto puedan, consecuentes con aquello que nunca debe olvidar el soldado chileno, descendiente de los que aleccionara San Martín en severos principios: «Todo herido ó prisionero es sagrado.»

La nobilísima señora Emilia Herrera de Toro contestó conmovida por las tocantes palabras del joven diplomático en ciernes, que practicaba sus primeros ensayos:

—Vaya con Dios, hijo, y pierda cuidado, que si esa buena pécora de su amigo no ha encontrado mejor remedio á sus achaques de corazón que venir á matar gentes que no le han hecho ningún daño, cristianas compasivas sabrán satisfacer el encargo confiado á la amistad.

—Cuando más, le condenaremos á suegra chilena—agregó una espiritual santiagueña al ponerse á escribir la carta que para el general en jefe dictaba la distinguida señora, en justicia llamada «la amiga de los argentinos.»

Hasta en este detalle se cumplió el sino del prisionero de San Bernardo, pues aunque excelente abuela, la de sus hijos chilena ó semi-chilena resultó, no media sangre como denominan por ultracordillera, sino á semejanza de los argentinos nacidos dentro la Nueva Troya.

Y fué, estuvo y vino, desde el Rimac al Plata, el amigo de su amigo. Días nublados corrieron y las batallas con tan mal cariz para los desventurados peruanos, que á pesar de los pesares no ganaron una, y en la del Morro, herido y prisionero el jefe argentino, hallábase en línea de las diezmadas filas, después de muchos días de combate al caer Arica, en cuya toma cayeron desde el comandante en jefe de la plaza hasta su trompa de órdenes.

Próximo á ser fusilado, acertó á pasar el comandante Toro, de regreso al cuartel general, preguntando por mera curiosidad el nombre del que sobresalía encabezando la fila de prisioneros:

—¿Cómo se llama usted?

—R..... S.....—contestó nuestro compatriota, cuyo brazo en cabestrillo sangraba por su herida.

Y dando vuelta, al oficial que mandaba avanzar los cuatro tiradores más próximos:

—Capitán, espere un momento—dijo á tiempo que se dirigía al coronel Lagos (que llegaba con su caballo cubierto de sangre), diciéndole:

—Coronel, aquel prisionero es el argentino que tanto recomienda el general Saavedra.

—Bien, pues como argentino es el primero que debemos fusilar, pues que ha venido á matar chilenos de puro gusto, distracción que no repetirá.

—Por eso no, que también hay más de un oficial argentino combatiendo en nuestras filas. Recuerde lo que tanto recalcó el señor ministro,

que impidiera á toda costa que *rotos* embriagados por la victoria ejercieran crueldades sobre indefensos.

—Yo no entiendo de eso. Los que no han sido quintados ó diezmadados deben ser repasados. A la guerra se viene á matar. No comprendo de esas pulcritudes que no las hubieran tenido con nosotros, si damos tiempo de prender las cien minas sobre que marchamos. ¡Mejor es que vaya con el parte de que hemos despachado al cuyano!....

Pero como la urgencia del servicio hiciera continuar al galope de su caballo chorreando sangre, al guazo del Sur, aprovechando la confusión, el comandante Herrera hizo saltar en ancas al prisionero llevándole á escape al cuartel general, dando cuenta al honrado Sr. Baquedano con estas palabras:

—General: he conducido herido al jefe que tanto le tiene recomendado mi madre y que el coronel Lagos está empeñado en fusilar por ser argentino.

—Bueno, aquí corre peligro; en la efervescencia del triunfo, su permanencia no es segura en el campamento; con los primeros heridos que se embarquen para Valparaíso, despáchelo, y repita lo mandado en la orden del día á todos los jefes, que son responsables de la vida de cada uno de los prisioneros.

Y fué ésta, si no la única, la primera alma que salvó la filantrópica Samaritana del Mapocho, quien verdaderamente se lo robó á la muerte en ese campo de horrores donde cerníase encarnizadamente.

II

Aunque se le volvió el alma al cuerpo al prisionero, que ya la sentía medio desprendida, como por milagro salvado, todavía quedaba el rabo por desollar, que si jinete, como buen criollo, no le desollaran los matungos en el campamento, sí el viaje á pie y sin agua al través del ardiente arenal.

De las antecámaras del infierno le había arrebatado caritativa alma chilena, y la esperanza, hija del cielo, se le apareció en la tercer noche de confinado, en ese buen retiro «San Bernardo,» de tantas familias patricias, á romper el negro pan de su mísera cena.

Una noche, por el entreabierto ventanillo, cayó bilético en que patitas de mosca dejaban leer:

«Confíe en Dios y en los chilenos, que son buenos, aunque no siempre lo parezcan. Hay quien se preocupa de su libertad. Trate no descu-

brirme, pues me comprometería. Cumpla cuanto en las siguientes le comunicaré.»

Y hete aquí vuelto á la vida el prisionero de San Bernardo, y en pleno idilio su exaltada imaginación, por el tenue rayo de luz que penetró al través de la rendija que su oscura prisión venía á teñir todo del color de rosa, como que al fin de éste, y no otro nombre, fué la bella Rosa quien á la postre llegó á consolar sus penas. Imaginábase á la autora del papeli- to de la última esperanza cierta morochita de aire sentimental, que al entrar con sus compañeros de desgracia por la calle de la amargura, divi- sara á la puerta de modesta morada, dándose vuelta con el pañuelo en los ojos al ver pasar tantos candidatos para el banquillo; ora suponía al- guna buena madre chilena, cuyo hijo prisionero en Lima le recordara su presencia, acaso intervención de algún erudito historiador que, vecino muy inmediato, escribía por aquellos días cómo trataban O'Higgins y San Martín á los prisioneros, llegando á quemar sin abrirla la correspondencia tomada al enemigo, para no verse obligado á castigar traidores. Un pa- triota conmemoró con modesto monumento, en el sitio de la chamusqui- na, á corta distancia, tan hidalgo ejemplo.

Tras largos y melancólicos días de prisión, llegó una noche la orden de ser conducido en medio de un piquete bien armado.

—Esta es mi última—se dijo el argentino con ánimo entero, y al dia- blo vecinita llorona, madre enternecida ó erudito historiador.

Resignado, dió el último adiós á su prisión, despidiéndose de sus mu- chas arañas, con quienes en tanto tiempo ya había estrechado relaciones.

Repetidos empeños de los excelentes padres del joven prisionero, se- cundados por los caritativos esfuerzos de la castellana de «El Aguila,» que no era otra la autora de las cartitas subversivamente introducidas, la in- termediación de un noble soldado chileno de media sangre, general Saa- vedra, nieto del primer presidente de las Provincias Unidas, y las dispo- siciones del honrado general Baquedano, contrarrestaron el furor de *ro- tos*, la saña de Lagos y la propaganda de cierto diario, escrito con tinta colorada.

Así, en oscura noche le transportaron al puerto de Valparaíso, de donde se transbordó al vapor de la Compañía Inglesa del Pacífico, y nave- gaba ya rumbo á Montevideo, cuando el diarito rojo seguía pidiendo la cabeza del cuyano soberbio.

Siempre una buena acción genera otras, y corolario ó consecuencia de ésta fueron las dos que siguen.

Andando el tiempo, un coronel revolucionario en la Argentina inten-

tó apoderarse de la escuadra, dirigiéndose sobre ella á todo vapor en una torpedera. La barrabasada resultó tan mayúscula, que si no se le colgó de una antena, fué porque ya no hay antenas en las naves modernas; pero antes de las veinticuatro horas, juzgado en consejo de guerra, fué puesto en capilla.

Todo estaba pronto para que emprendiera el viaje de que no se vuel- ve. Agotados los empeños por conmutación, hasta las esposas de los mis- mos ministros que habían firmado el *cumplase* en la sentencia del consejo de guerra, seguidas de multitud de peticionantes, descendían atribuladas las escaleras de la Casa de Gobierno, desahuciadas en la gracia impetrada á favor de quien, si un Consejo lo declaraba traidor, gentes había que lo reputaban heroico.

No sólo de los extremos de la República, sino de la Oriental y Chile llovían telegramas que era un diluvio, con cuyos recibos encendía el oriental jefe argentino las cuatro velas de la capilla, por no servir ya para otra cosa, cuando alguna alma caritativa recordó que había en Chile otra buena madre cristiana, que con mayor influencia que todo un ministerio había salvado allí á un coronel argentino de las garras de la muerte.

La casualidad, que en todo se mete, hacía que dragoneara de presi- dente el padre del primer robado á la muerte, cuando llegó el telegrama de su colega de ultra-cordillera, á empeños de la heroína de caridad trans- mitido: ante esa última nota que tocara el corazón paternal, ya no le fué dable dejar de usar prerrogativa, que al Todopoderoso asemeja el jefe de Estado en cuanto es el único que puede perdonar.

III

Todavía en un tercer caso, que sin duda no será el último, ocasión tuvo de ejercitar los sentimientos de su generoso corazón esta noble alma, cuya larga vida, corta ha sido para tan numerosos actos de abnega- ción. Y así, cuando acaso, por imitación de mal gusto, cierto sargento chi- leno se levantó con el santo y la limosna pretendiendo resucitar el parti- do de Balmaceda (á quien, antes de fenecer la generación que lo obligó á suicidarse, le habrán levantado estatua) en motín que fracasó entre dos luces, pero en el que un subalterno mató á su oficial.

Sentenciado en menos tiempo que al coronel argentino, el pobre chi- leno liaba sus petates para el otro mundo, ya con el práctico á bordo (sa- cramentado), toda esperanza perdida.

Damas y caballeros, balmacedistas, errazuristas y hasta frailes de la Buena Muerte habían agotado sus esfuerzos por salvarle.

Siempre un alma de mujer, *la rabona* de este bravo soldado, encaminando sus pasos adonde la Samaritana, volvió á tocar su corazón, nunca en vano tocado.

De nuevo en campaña con su actividad de costumbre, por cierta combinación de teléfonos y telegramas consiguió hacer llegar á tiempo despacho del presidente de la Argentina á su colega vecino, implorando la conmutación de la pena de muerte de un soldado chileno. Tal vez á no haber fracasado el movimiento en que se hallaba envuelto, muchos de los que le denominaban traidor le hubieran aclamado héroe.

No sin poco trabajo consiguió la conductora del telegrama persuadir á su presidente, que si el de la Argentina había concedido la vida de un coronel, á su pedido, escasa retribución era en tan humanitaria solicitud conmutar á un simple soldado.

Como era de noche, y *sin embargo llovía*, entre chubascos y heladas, mientras que la de Toro entraba á su hermosa casa (calle de Huérfanos), á escape se dirigía con la buena nueva, la querida de su querido, al cuartel donde se hallaba en capilla.

Cuál no sería su sorpresa al saber que con las primeras luces del alba disponían sacar el reo caminito al cadalso, ya custodiado por cuatro tiradores.

No obstante que la esperanza es lo último que se pierde, el candidato al banquillo no pudo dejar de inmutarse, exclamando:

—¡La Geroma me ha engañado! Díos se lo perdone por su buena intención de endulzar mis últimos momentos, pero el desengaño es más amargo.

En tan breve distancia del suplicio, sólo un milagro podía salvarle, y éste se efectuó por la electricidad, que hace verdaderos milagros en nuestros días.

Lágrima de mujer conmueve el bronce, y al bronce de su puerta llamaban con lágrimas del corazón, cuando fué despertada en sobresalto la que, feliz y contenta por haber hecho una obra buena, entraba la noche antes en su tranquilo hogar llena de satisfacción.

Teléfonos van y telegramas vienen, y como palabra de rey es sagrada, la del jefe de Estado no lo es menos, y al fin llegó la orden telefónica para que se suspendiera la ejecución, cuando ya los cuatro tiradores, á las voces de mando del mismo ejecutado, iban á suprimirlo.

Todo se explicó luego, por haber quedado olvidado sobre la mesa del despacho el oficio de conmutación.

.....
De cómo un alma piadosa robó á la muerte uno, dos y hasta tres más

ó menos malos cristianos, podría ser la moraleja de esta tradición, si la perspicacia del lector no deduce otras que también entraña.

Tan noble dama, que hace cincuenta años dispensa la más generosa hospitalidad á todos los argentinos que llegan á Chile, ha cerrado muchas heridas, teniendo siempre un consuelo para todo dolorido.

Entre héroes de su patria, adornando su salón, vimos los retratos de San Martín, Las Heras, Blanco Encalada, Balcarce, Necochea, Rodríguez Peña, Mitre, Sarmiento, López, Tejedor, Ocampo, Gutiérrez y otros ilustres argentinos.

Ella es quien, aplacando con su valerosa y abnegada acción multitud de rotos inconscientes en hostil manifestación contra el Perito argentino, cruzó tranquila y serena la estación, yendo á recibir en su carruaje al doctor Moreno, á quien luego en su enfermedad transportó á su propia casa, atendiéndole con cuidados maternos.

Los argentinos que visitaron á Chile tienen escrito con letras de oro, en su libro de memorias, *Emilia Herrera de Toro*, cuyo nombre legamos á la gratitud nacional. Ella es la primera que junta en estos momentos sus dos manos, para aplaudir llena de entusiasmo la paz y concordia entre los hermanos de uno y otro lado de la Cordillera.

